

Mi viejo: un buen tipo

OLGA MARTA BONILLA REDONDO

Transcurría el año 1920, casi finalizando, cuando mi viejo vio la luz del mundo, un 4 de octubre. Siempre que le preguntaban por la fecha de nacimiento decía: “yo nací un 4 de octubre de 1920, bajo un hijueputa aguacero que lo mandaba Dios”.

Hijo de Manuel Bonilla Rojas y de Piedades Rodríguez, fue el tercero de los hijos. Primero nació Erlinda, a quien todos los primos le decimos Tía; luego María, conocida por todos los sobrinos como Mami; siguió mi viejo a quien siempre le dijeron “Melo” y, después, todos los demás: Mercedes, conocida por todos los sobrinos como Madrina, aunque efectivamente era madrina de algunos pero no de todos; Ramón, más conocido como Moncho; Rosa y el cumichillo, Francisco, conocido como Paco.

Mi abuelo, aunque fue un hombre humilde y sencillo y no tuvo muchos estudios, sí tuvo una gran visión del futuro y con gran esfuerzo adquirió una “manzana” de tierra en el puro centro de Guadalupe, la cual canceló según contaba mi viejo, con la ayuda económica de él.

Conforme cada uno de los hijos se fue casando, mi abuelo les dio un lote para que construyeran su casa.

Mis padres se conocieron de una manera muy singular. Mami trabajaba en la Tabacalera Costarricense y ahí tenía una compañera, María, quien era novia de mi viejo y él llegaba por ella a la salida del trabajo; por esa razón, ya se conocían. Contaba mi madre que se iban a casar, pero a mi viejo lo dejaron como quien dice “vestido y alborotado” y hasta con algunas de las cosas de la casa ya compradas. El tiempo transcurrió y en un baile al que asistió mi mamá con mi abuelo Tomás, quien era maestro de obras, para inaugurar la Escuela Betania, en San Pedro de Montes de Oca, se volvieron a encontrar. Cuenta mi mamá que se “abonaron” a bailar toda la noche e iniciaron un noviazgo que duró aproximadamente un año.

Se casaron un 28 de diciembre (día de los Inocentes) de 1946 y duraron casados 58 años. A mi mamá siempre la han molestado por esta fecha, pues la pasaron por inocente, le dicen.

A mi viejo le dieron el primero o el último lote, depende desde dónde se vea, si de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba y en él construyó una casita de madera, hermosa, la cual tenía un corredor, dos dormitorios, sala-comedor, cocina, un patio enorme y un baño que estaba afuera de la casa, ya que así se acostumbraba en esos tiempos. En esa casa pasamos los años más felices de nuestra infancia. Posteriormente, la Municipalidad de Guadalupe decidió construir una calle a un costado de nuestra casa, en donde estaba el patio y obligaron a mi viejo a vender esa parte. Con el dinero que obtuvo, mi viejo junto

con mi padrino Carlos, que de Dios goce, y mis hermanos levantaron la casa en donde hoy vivimos. Una casa grande de cemento con cuatro dormitorios, sala-comedor, baño (ya dentro de la casa), un patio pequeño y un corredor. Esta casa fue el orgullo de mi viejo, la levantó con sus propias manos. Duraron aproximadamente un año. La nueva casa fue construida alrededor de la vieja, por lo que nos quedamos viviendo ahí todo ese tiempo pues no teníamos dinero para ir a alquilar en otro lugar. A menudo lo sorprendí en la acera de enfrente admirando su obra; estaba muy orgulloso de ella. Yo siempre le decía que no se preocupara, que mientras yo viviera esa casa nunca la venderíamos, porque ese era su temor, que una vez que él faltara, nosotros, sus hijos, decidiéramos venderla.

Mi viejo fue albañil y como siempre le gustó “andar a pie” como él decía, salía de la casa de madrugada, porque llegar tarde al trabajo, jamás. “Las personas siempre tienen que llegar al trabajo media hora antes de la hora de entrada para que no empiecen cansados”, decía; entonces mi mami tuvo por muchos, pero muchos años, que levantarse a las 3 o 4 de la mañana a alistarle el almuerzo para llevar.

Mi hermano mayor, Manuel Gerardo, nació el 1 de abril de 1949, luego le siguió William Manuel, el 18 de noviembre de 1952. Antes de que naciera mi hermano mayor, mami había perdido a tres mujeres. Se le “venían” antes de tiempo y en aquella época no había tantos adelantos médicos como el día de hoy. Fue así como al quedar de nuevo embarazada, mi viejo anhelaba que fuera una mujercita. Mi mami no quería dejar a mis hermanitos solos para ir al hospital a “mejorarse” y entonces decidió que lo tendría en la casa. En esos tiempos era muy común que las mujeres tuvieran a sus hijos en las casas ayudadas por una “comadrona”

Teresa, que de Dios goce, y que luego se convertiría en mi Madrina de Confirma, era enfermera obstetra y fue quien ayudó a mi mamá a que yo viniera a este mundo.

Nací un 2 de enero de mil novecientos no me acuerdo. No es cierto, siempre he estado muy orgullosa de mi edad. Nací en 1956. Mi viejo estaba durmiendo en ese momento. ¿Se pueden imaginar? Teresa, que era una mujer muy mal hablada, lo fue a despertar y le dijo: “Pizarrín (así le decían las primas a mi viejo), tanto decir que querías una hembra y ¿ahora que nació estás durmiendo? Levántese y, al menos, vaya a enterrar la placenta”. Es así como mi placenta fue enterrada en el patio de la casa en donde aún vivimos mi mamá y mis hermanos.

Yo siempre le reclamaba a mi viejo este episodio de mi vida. ¿Cómo era posible que estuviera durmiendo cuando yo estaba naciendo? Eso nunca se lo iba a perdonar, le decía yo en son de broma y él me miraba con esos ojos color miel a veces, grises otras veces y se sonreía diciendo que él no se acordaba de nada. Luego nació Walter José, un 16 de noviembre de 1959 y, por último, el “cumiche” como dice mi mamá, Bernor Thomas, el 26 de abril de 1965.

Dicen que las hijas mujeres siempre son más apegadas con los papás que con las mamás. Yo siento que en mi caso no fue así al menos cuando estaba

pequeña, pero conforme fui creciendo me fui acercando más a él y a tenerle más confianza, aunque desde niña siempre lo amé.

Mi viejo siempre acostumbraba comprar el “diario” en el Estanco. El estanco era una especie de pulpería que pertenecía al Concejo Nacional de Producción y se suponía que la comida allí la vendían más barata.

Me fascinaba ir con mi papá al estanco. Siempre nos compraba chocolate “Milo”, el cual nos hacía mi mamá en la noche antes de acostarnos, leche en polvo, tapa de dulce para el aguadulce y muchas cosas ricas que ya no recuerdo, pero que disfrutábamos mucho. Gracias a Dios, aunque humildes, nunca nos faltó la comida diaria.

Otra de las salidas que me encantaba hacer con mi viejo era ir a comprar los útiles. No es porque yo lo diga, pero siempre me gustó estudiar. Era feliz el primer día de clases, porque nos daban la lista de útiles y mi viejo me llevaba a la Librería Universal en San José a comprarlos. Por supuesto, yo quería lo más caro y él me compraba lo más barato, pero me compraba todo lo que necesitaba y yo era feliz. Tengo tanto que agradecerle a mi viejito.

Mi papá siempre nos dijo que él nos daba la educación primaria y la educación secundaria, después de esto, si queríamos seguir estudiando lo debíamos financiar nosotros mismos. Fue así como cuando terminé el Colegio me puse a buscar trabajo y gracias a Dios lo conseguí rápido. Entonces ya con mi propio dinero entré a estudiar a la Universidad. Nunca olvidaré cuando me gradué por primera vez en la Universidad. Mi mayor premio fue ver la cara de orgullo de mi viejo y, por supuesto, de mi mamá cuando subí a recibir mi título de Bachiller y luego, dos años después, mi título de Licenciada. Agradezco tanto a Dios que les haya permitido a mis padres poder vivir ese momento, porque sé que para ellos fue un gran orgullo, ya que fui la primera hija que se convertía en una profesional y para mí una gran satisfacción.

A mi viejo siempre le gustaron los perros. A menudo llegaba a la casa con algún saguatillo que le habían regalado. Una vez que terminé mis estudios en la Universidad, decidí comprarme mi propia mascota, después de que un carro nos mató a Chagui, el perro de mi hermano menor.

Busqué en el periódico algún anuncio de donde vendieran perros. Yo quería un coker. Recuerdo que fui con uno de mis hermanos, mis sobrinos y mi viejo a ver unos que estaban vendiendo y compré una cachorrita que luego llamamos Kyara. Mi viejo amó sobre todas las cosas a esa perrita. Siempre quería tenerla alzada y a ella no le gustaba que la apretara tanto, por lo que trataba de escapársele como fuera. Sin embargo, se hacían mutuamente compañía. El día en que tuve que llevar a papi de emergencia a la Clínica, Kyara no ladró en todo el día y se le notaba triste y eso que es bastante escandalosa. Siento que ella presentía que nunca más lo volvería a ver.

Nunca olvidaré el día en que le dije que me acompañara a la Iglesia porque iban a bautizar animales y yo quería bautizar a Kyara. Ahí íbamos los dos con la perrilla. Luego Lino, su mejor amigo, que de Dios goce, pues murió por esas casualidades de la vida, al año exacto después de mi papá, lo molestó diciéndole que hasta dónde había llegado él, a ir a la Iglesia a bautizar un animal. Pero

mi viejo, si algo le tengo que agradecer, es que siempre trató de complacerme en todo lo que pudo, por supuesto yo era su nenita.

Contaba mi viejo que a la familia de él, en Guadalupe, les decían “los bicicletas” porque siempre andaban a pie y caminaban rapidísimo. Recuerdo que en diciembre siempre nos llevaban a la Avenida Central de San José a ver ventanas para luego hacer la lista de juguetes que queríamos que nos trajera el Niño, aunque muy pocas veces nos traía lo que poníamos en la lista, lo que ahora les ha dado por llamar el “avenidazo”. Pues mi viejo tenía que parar en cada esquina y esperarnos porque como caminaba tan rápido siempre nos llevaba una cuadra de ventaja y se ponía bravísimo porque tenía que esperarnos.

La felicidad de mi viejo fue siempre caminar y cuando se tuvo que pensionar por invalidez (le quiso dar un infarto) se dedicó a caminar por todo el país. Decía que cuando él andaba caminando no le dolía nada pero que apenas llegaba a la casa, todo le dolía. Sobre todo después de que le dio herpes en la espalda. Pobrecito, cómo sufrió con esto. Cuando se empezó a brotar fue al Seguro, pero nunca le dijeron que era herpes, entonces lo llevé donde un dermatólogo y él nos confirmó lo que tenía. Me dijo que lástima que no lo habíamos llevado antes porque ya el virus estaba muy avanzado. Se curó por fuera, pero dicen que por dentro siempre queda doliendo y más con el calor o el frío. El le contaba a todo el mundo que había tenido herpes. Una vez invité a un compañero de oficina a almorzar y como a mi viejo le encantaba platicar, empezó a contarle que él tenía una enfermedad extranjera que se llamaba herpes.

Un día amaneció diciendo: mañana voy a ir a Cartago a pie a traer agua bendita (iba no sé ni cuántas veces a Cartago a pie, pero nunca iba el 2 de agosto, porque decía que había demasiada gente) y se ponía a alistar un saco de gangoche que tenía y en donde echaba las botellas para traerle agua bendita a todo el que se le ocurriera y un garrote para espantar a los perros que se le pusieran detrás. Se ponía como un chiquillo cuando le dicen que al día siguiente lo van a llevar a pasear. Esa noche se acostaba bien temprano, porque decía que tenía que madrugar y efectivamente se iba cuando aún no había amanecido. Un día nos llevamos un gran susto porque se fue tempranísimo y eran las ocho de la noche y no aparecía. Llamamos al 911 para reportarlo pero nos dijeron que había que esperar 24 horas antes de darlo por desaparecido. Llamamos a los hospitales, a la Cruz Roja y a las Guardias Rurales, pero nada. Ya iba uno de mis hermanos a buscarlo en carro cuando de pronto oí como un gemido fuera de la casa. Salí corriendo y era mi viejo que venía casi desfallecido, todo torcido y empapado. Mi madrina, que es enfermera, le quitó la ropa mojada, le puso la pijama, lo frotó con alcohol y le dieron aguadulce caliente y con eso lo revivieron. Luego nos contó que se había ido y venido a pie desde Cartago. Otras veces se iba a pie pero se venía en bus. Ese día le di una regañada y le dijimos que él ya no tenía edad para hacer esas cosas y que le diera gracias a Dios de que no le había pasado algo grave. Nos prometió que nunca lo volvería a hacer, pero luego de cierto tiempo, se le olvidó la promesa y siguió viajando a pie a Cartago y otros lugares, una y otra vez.

La familia de mi viejo siempre fue muy católica y desde que yo estaba pequeñita, mi papá me llevaba a misa. Cuenta mi madre que como a papi no le gustaba llegar tarde a ninguna parte, un domingo que íbamos para misa por estarla apurando que me mudara rápido, a ella se le olvidó ponerme blumers y así me llevó mi papá a misa. Claro, él no se dio cuenta hasta que yo le pedí que me alzara porque estaba cansada. Mi viejo siempre me hará falta, pero una de las cosas que más extraño es ir a misa con él. En los últimos años de vida de mi viejo, siempre íbamos a misa de seis de la tarde los sábados, él y yo solitos. Mi mamá no iba porque decía que ya a cierta edad uno no está obligado a ir a misa. El siempre me llevaba abrazada por la espalda y contándome casi siempre las mismas historias. Me decía: ¿yo ya le conté tal historia? y yo le contestaba: eso me lo ha contado como cincuenta mil veces y entonces se ponía furioso.

Mi viejo caminó mucho y por esta razón tuvo siempre una excelente salud; aparte de los resfriados que a todos nos da, nunca padeció de una enfermedad grave. Pero los últimos meses de su vida, tenía 84 años, yo lo empecé a notar como cansado. Con solo ir de mi casa a la iglesia, llegaba muy agitado y la iglesia nos queda relativamente cerca, como a 400 metros.

Un día como tantos otros lo había hecho, amaneció diciendo que iba a ir caminando a la finca de mi hermano mayor en Coronado. Era diciembre, el clima no estaba muy bonito, con frecuencia llovía y más en Coronado, que hasta le dicen “cielo roto” porque siempre llueve y además hacía como quince días había sufrido un resfriado y todavía tenía un poco de tos. Pero decirle que no fuera era como nada. No hacía caso. Ese día, él se fue para Coronado y yo me fui para el trabajo. Mi viejo llegó a la casa como a las 4 de la tarde y yo volví del trabajo como a las 5:20. Cuando entré, mi mami me dijo que papi había llegado todo mojado y que ella no lo veía muy bien. Entré al cuarto y lo vi muy pálido, pero mi viejo era muy blanco por lo que no le di demasiada importancia. Le pregunté que si quería comer algo y le calenté una sopa. Pero casi no comió. Al día siguiente, antes de irme para el trabajo, le dije que se bañara, se mudara bien guapo y que luego se sentara a asolear en el corredor y efectivamente así lo hizo. El hacía caso a todo lo que yo le dijera. Yo iba estrenando un traje muy hermoso porque ese día teníamos la última Asamblea de Escuela del año y luego una cena de Navidad. Cuando yo volví a las once a almorzar, la empleada me dijo que veía muy mal a mi papá. Entonces me lo llevé a emergencias de la Clínica de Guadalupe. Gracias a Dios lo atendieron muy rápido. Le tomaron unas radiografías de los pulmones y le pusieron oxígeno ya que le costaba mucho respirar. En las radiografías salió que tenía agua en los pulmones y que, por lo tanto, lo enviarían al Hospital Calderón Guardia a observación. Por supuesto, no pude estar en la cena de Navidad de ese año.

En el Hospital le hicieron otros exámenes y decidieron dejarlo en observación. La enfermera me pidió que lo llevara al baño y le pusiera la pijama que dan en los hospitales. Yo me había ido sola con mi papi porque nadie más me había podido acompañar. Lo llevé en silla de ruedas y procedí a quitarle la ropa para ponerle la pijama. No saben lo que eso significó para mi viejo. Nunca yo lo había visto ni siquiera en calzoncillos, mucho menos desnudo. No se imaginan cuánto

me costó mudarlo. Yo le quitaba la ropa y él se la volvía a poner. Entonces yo le decía: ¿Qué estaré pagando en esta vida? y él me contestaba: Por Dios santísimo.

Lo llevé de nuevo al salón y le dije que lo iba a dejar en observación, que al día siguiente vendría por él. Se quedó mirándome y me dijo: ¿ya se va? Le di un beso y me dijo: ¡Que pase buenas noches! Creo que ni él ni yo, pensamos en ese momento, que esa era prácticamente nuestra despedida pues los días que siguieron los pasó sedado.

Al día siguiente, fui con uno de mis hermanos, supuestamente y según yo a traérmelo para la casa, pero cuando llegamos, un médico nos dijo que mi viejo tenía una bronconeumonía severa y que por su edad, 84 años, era muy difícil que saliera bien librado. No pudimos hablar con él, lo habían sedado y lo tenían con oxígeno porque le costaba demasiado respirar. Estuvo internado seis días, siempre sedado y con oxígeno. Cuando uno llamaba al Hospital para preguntar por él, decían que estaba estable pero delicado. Gracias a Dios, todos los días que mi viejo estuvo internado, yo lo fui a visitar. No sé si se dio cuenta, si me escuchaba cuando le hablaba, pero el haber estado junto a él todo ese tiempo y el habernos acercado tanto el uno al otro en los últimos años, fue lo que me ayudó a tener fortaleza cuando llegó el momento de su partida de este mundo.

Para esos días yo tenía programado un viaje de vacaciones a México. Entonces hablé con la doctora que lo atendía y ella me dijo que lo mejor era que suspendiera el viaje porque mi viejo en cualquier momento podía fallecer. Hasta ese instante comprendí bien la condición de salud de mi viejo. Siempre creí que en cualquier momento él reaccionaría y lo tendríamos de nuevo en casa.

Llegué muy triste y pensativa del Hospital. Pasé donde mi madrina y le pregunté si era cierto lo que me habían contado. Que mi viejo no quería ser enterrado en Montesacro, donde yo había adquirido un derecho, sino que él le había manifestado a ella llorando, tiempo atrás, que cuando él muriera quería que lo enterraran en la misma bóveda de su madre y no lejos de Guadalupe, el pueblo donde siempre había vivido. A mi madrina se le salieron las lágrimas y me confirmó lo anteriormente dicho. Llegué a mi casa, entré al baño y le pedí a Dios con toda mi fe, que si él ya había decidido llevarse a mi viejo, que lo hiciera antes de que yo me fuera de viaje. Y Dios me escuchó, ese mismo día, 21 de diciembre de 2004, al ser las 6 de la tarde, mi padre regresaba a la casa de su Padre, en paz, tranquilo, sin ningún sufrimiento y estoy segura de que hasta feliz.

Sonó el teléfono, lo atendí y una voz de mujer del otro lado me dijo: ¿Usted es familia del señor José Manuel Bonilla?, le hablo del Hospital Calderón Guardia. Le contesté que sí y me preguntó: ¿qué es usted de él? Le respondí: Hija, y entonces me dijo: El señor acaba de fallecer. No puedo explicar lo que sentí. Tal vez muy dentro de mí ya lo esperaba y estaba preparada pero creía que cuando esto sucediera, iba a llorar desconsolada. Pero no fue así, Dios me dio tanta fuerza que fui capaz de organizar junto con mis hermanos el funeral de mi viejo sin derramar una sola lágrima. Lo he llorado sí, muchas veces, pero

después, cuando me he puesto a recordar algo de lo que pasamos juntos, pero luego pienso que él vivió bastante, que hizo creo todo lo que quiso y que fue feliz junto a nosotros.

Lo sepultamos como él siempre quiso, en el Cementerio de Guadalupe, junto a su madre y a su padre.

Uno podría pensar que ninguna muerte es bonita, porque se deja de ver a la persona a quien se ama, pero sé que mi papi se fue feliz y ese fue el premio que Dios y la Virgen, de la cual él era muy devoto, le dieron por haber sido un excelente padre. Unos días después de su muerte, me vino a visitar en sueños. Recuerdo que se paró a la orilla de mi cama, yo lo miré y le dije: ¿Diay, papi, lo dejaron salir de donde está? Y él me respondió: Vine a visitarla. Le pregunté: ¿Usted es feliz donde está? y me respondió sonriendo: ¡Sí!, se le salió una lágrima y luego se fue.

Este fue mi viejo, un buen tipo.

Toñillo

OLGA MARTA BONILLA REDONDO

Toñillo fue mi primo, casi mi hermano. Hijo de mi Tía Carmen, hermana de mi mamá y de Antonio Rodríguez. Fue hijo único, aunque tuvo una hermana, que según cuenta mi madre no “pegó” ya que en aquella época la medicina no estaba tan adelantada como hoy en día.

Su infancia no fue del todo feliz, creo yo. A su padre siempre le gustó el traguillo y no le interesaba mucho que Toñillo estudiara para llegar a ser alguien productivo en el futuro. Contaba mi padre, que de Dios goce, que Toñillo andaba con su papá cuando este último se iba a beber y lo dejaba sentado en la orilla de la acera mientras él se emborrachaba. Mi papá le dijo en una oportunidad que por qué no se lo daba a él para criarlo y ponerlo a estudiar, pero el señor nunca quiso. ¡Qué diferente hubiera sido la vida de Toñillo si se hubiera criado con nosotros! Pero Dios es muy bueno y no permitió que Toñillo, aunque anduvo siempre en la calle, tomara un mal camino, porque pudo haberse convertido en un delincuente, pero a Dios gracias no fue así.

Mi Tía Carmen siempre trató de ganarse el “cinquillo” para que a Toñillo no le faltara al menos lo esencial. Al cabo del tiempo, mi Tía se divorció del papá de Toñillo y conoció a un buen hombre con el cual formó otra vez un hogar. Pero como dicen que no todo es perfecto, aunque era un hombre bueno y la trataba bien, a diferencia del primero, a éste también le gustaba beber.

Toñillo no se llevaba muy bien con Israel, el segundo marido de mi Tía. A menudo discutían, porque a Israel no le parecía que mi Tía chineara tanto a Toño, que ya era un hombre hecho y derecho y que además no lo obligara a buscar trabajo, por lo tanto, Toñillo siempre que podía se iba para mi casa y ahí se quedaba hasta una semana o más. Tenía que dormir en el suelo porque no teníamos campo, pero a él eso no le importaba. Nunca le pidió mucho a la vida, era feliz con lo poco que tuviera.

Yo siempre le decía que le pidiera a Dios que me sacara la lotería de Navidad para poder construir un alto en mi casa y que él tuviera al igual que nosotros su cuartito, y él lo que hacía era sonreír. Nunca le pude hacer realidad ese deseo muy a mi pesar, pero sí le di mucho cariño.

Toñillo tenía una prima o un primo, no sé con exactitud, que vivía en San José. Toñillo vivía con su mamá y su padrastro en Carrillos de Alajuela y cuando nos visitaba siempre iba donde ese primo para que le regalaran plata y llegaba a mi casa feliz con la platilla. Al cabo de un tiempo, le consiguieron trabajo en una panadería haciendo los mandados y limpiando. ¡Qué felices fuimos mis hermanos y yo en esa época, porque Toñillo llegaba a mi casa con bolsas llenas de recortes de galletas que le regalaban y nos dábamos las grandes “hartadas”!

Toñillo tuvo una novia en Vuelta de Jorco, Adilia se llamaba o se llama, no sé si aún vive, pero lo que sí recuerdo es que yo le escribía las cartas que él le llevaba personalmente. ¡Cómo gozábamos cuando se las escribía! Yo me daba unas inventadas que hasta las lágrimas se me venían de la risa cuando se las leía para ver si a él le parecía todo lo que yo le había puesto. Para ese tiempo yo tenía, creo, como diez años y estaba en la escuela. No recuerdo cuánto tiempo jalaron, el asunto es que la dichosa novia salió embarazada y el suegro de Toñillo le dijo que tenía que casarse y devolverle la honra a su hija.

A mi Tía Carmen no le quedó otra que organizarle la boda y comenzó a confeccionar el vestido de novia. Lo hizo a pura mano porque no tenía máquina de coser ni dinero para comprarlo hecho. Pues resulta que en el famoso pueblo de la novia se comenzó a rumorar que el niño no era de Toñillo, que era un “paquete” que le estaban metiendo al pobre. Toñillo siempre tuvo un pequeñito retraso mental. No se notaba mucho, pero era lento en reaccionar como dice la gente y de eso se estaba aprovechando la “inocente” muchacha para que Toñillo se casara con ella y no convertirse en la habladería de la gente al tener un hijo soltera. Pues como en todo pueblo chico, los chismes corren rápido, alguien se encargó de decirle a mi Tía que no permitiera ese matrimonio porque el “producto por venir” no era de mi primo y fue así como se canceló la boda. A veces pienso si no hubiese sido mejor que formara una familia para que no se sintiera tan solo en la vida.

Toñillo dejó el trabajo en la panadería y se fue a trabajar cuidando un negocio que tenía un familiar suyo por parte del papá, por lo que iba a visitar a su mamá sólo los fines de semana; sin embargo, a mi mamá sí la visitaba con más frecuencia y siempre algo nos llevaba. En ese trabajo le daban la comida y la dormida y algún dinerito para que se comprara algunas cositas.

En el año 1988, mi Tía Carmen enfermó. No recuerdo exactamente de qué enfermedad. Toñillo se fue para Alajuela a cuidarla unos días, pero se agravó y hubo que internarla. Jamás olvidaré el día en que murió, porque ese mismo día, no recuerdo el mes exacto, yo me graduaba como Bachiller en Bibliotecología en la Universidad de Costa Rica y no pude asistir al funeral. Mi papá y mi mamá sí fueron. Por suerte les dio tiempo también para asistir a mi graduación.

A partir de ese momento, Toñillo se fue a vivir definitivamente con nosotros ya que él con Israel no quería vivir. Mi mamá le acondicionó un “dormitorio” en el patio, con cama y todo.

Una vez se levantó Toñillo muy contento, se bañó sin que nadie se lo tuviera que pedir, cosa rara en él, y se mudó muy elegante. A mi mami le extrañó este gesto y lo comenzó a confesar para ver si averiguaba adónde iba. El, con una risa maliciosa, le contestó que iba para San José a visitar a las “malas”. Mi mamá lo regañó y le advirtió que si no se cuidaba le podían pegar una enfermedad, pero igual se fue. Yo no entendí muy bien ese asunto de las “malas” hasta muchos años después.

Como Toñillo no estudió, aunque sí sabía leer y escribir, no había mucha variedad de trabajos que pudiera desempeñar por lo que se convirtió en el “mandadero” del barrio y como siempre fue muy honrado, la gente lo apreciaba y lo quería mucho.

A Toñillo no le gustaba mucho bañarse y siempre tenía pleitos con su mamá por esta razón, a tal punto que en muchas ocasiones Tía Carmen se tenía que meter al baño con él y restregarlo bien. Cuando se fue a vivir definitivamente con nosotros, mi mamá le dijo que tenía que bañarse todos los días. Esto no le hizo mucha gracia pero era una de las reglas que debía seguir. Al principio la cumplió pero cuando ya tenía un tiempo de vivir en mi casa, empezó a hacerse el “ruso” con el asunto del baño, hasta que yo tuve que llamarlo aparte y hablar con él. Por suerte a mí siempre me hizo caso de todas las cosas que le pedía. Lo que yo hacía era esperar que él saliera del baño y antes de que se pusiera la camisa, le pedía que levantara los brazos y le echaba desodorante (le compré uno exclusivamente para él) y luego de que se ponía la camisa le echaba colonia y entonces quedaba todo guapillo y ya se iba contento a hacerle los mandados a los vecinos.

En una época le dio por que cada vez que iba con mi mamá a la Feria del Agricultor, me traía algún regalito. Una vez me trajo una araña de plástico pero que parecía de verdad. La tengo colgada del techo de mi cuarto y a veces me han dicho que por qué no voto ese bicho tan feo, pero es un regalo que me trajo con tanto amor que no podría deshacerme de él. También me trajo un perrito de peluche, de esos que son todos arrugados, pues el sabía lo mucho que a mí me gustan los perros. Aún lo conservo también.

Toñillo era muy bueno pero cuando se enojaba no se soportaba ni él mismo. La única vez que lo vi bravo conmigo fue cuando fui de viaje a la Isla de San Andrés y le dije que le traería un radio, pero resulta que no conseguí uno como él quería. Cuando vio que saqué todo de la valija y el radio no apareció, duró varios días en que no me hablaba, pero yo no le dí mucha importancia, porque en algunas actitudes él era como un niño.

En 1999, exactamente en el mes de abril, mi hermano menor Bernor que tenía un perro llamado Chagui, lo dejó salir para que se fuera a dar una vuelta y posteriormente lo bañaría, con tan mala suerte que había una perrita en celo en el barrio y Chagui por perseguirla salió a la calle principal y lo mató un carro. Lo buscamos por todo el barrio y al no encontrarlo supimos que algo malo le había pasado. Efectivamente, como al ser las 6 de la tarde nos llegaron a decir que a Chagui lo había atropellado un carro y lo había matado. Fue un dolor muy grande para todos, porque lo amábamos y también para Toñillo ya que Chagui dormía con él.

Yo le pedí a Toñillo que llevara un saco de gangoche y recogiera a Chagui, pero que no lo trajera a la casa porque no soportaríamos verlo muerto. ¡Pobrecito Toñillo! El, con tal de complacerme, así lo hizo y nunca supe dónde lo fue a dejar. Siempre que recordaba este episodio me decía: “Olguilla, usted no se imagina lo que yo sentí cuando recogí a Chagui muerto, fue un dolor muy grande porque yo lo quería mucho” Me pesa tanto haberle pedido eso, porque ahora que tengo mis perritas, sé lo que uno los llega a querer y fui egoísta al pensar en nosotros pero no en él.

A Toñillo, quizás como herencia de su padre, también le gustaba el traguillo, pero era de esos hombres que con licor se transforman y con frecuencia había

problemas en mi casa por este asunto. Un día un hermano mío le dijo que se fuera de la casa, que nosotros no teníamos por qué aguantarle tanta malacrianza y él lo único que hizo fue agachar la cabeza. Entonces yo lo llamé aparte y por bien le hablé y le dije que él tenía que cambiar y, como muchas otras veces, me escuchó y me hizo caso. Se metió en un grupo de Alcohólicos Anónimos y por más de un año vivió en sobriedad.

Ese tiempo fue uno de los más felices para él y para nosotros, porque ya lo habíamos empezado a querer como un hermano más, pero como no todo lo bueno dura para siempre, tuvo problemas con miembros del grupo que se burlaban de él, según contaba, y no regresó jamás. Para rematar, consiguió trabajo en una cantina haciendo mandados y le pagaban regalándole una cerveza o un trago y recayó en el vicio. Empezó a llegar tomado y de madrugada y había que levantarse a abrirle a la una y a veces hasta más tarde. Algunas veces nos hicimos los tontos y no le abríamos, pero entonces se ponía a dormir en las gradas del corredor y a hablar solo y durísimo hasta el punto de que no dejaba dormir a los vecinos. A mí me daba mucha lástima y aunque me daba miedo levantarme de madrugada a abrirle, muchas veces lo hice.

Después de que Chagui murió, yo me compré una perrita de raza Coker Americana, a la cual llamamos Kyara. La perrita dormía en el patio y se le subía a Toñillo en la cama. Al principio se ponía todo bravo y la bajaba, pero conforme le fue tomando cariño la dejó con él en la cama. Me acuerdo de que me decía: “Olguilla, esa perrilla no es mía pero la quiero como si lo fuera”. Yo le agradecí tanto ese gesto, porque yo amo a mis perritas y no me gusta que nadie me las malquiera.

Un viernes se mudó bien guapo y le dijo a mi mamá que iba para la cantina a trabajar, entonces mi mamá le recordó que él debía ir con ella el sábado a la Feria del Agricultor y que por lo tanto no llegara de madrugada y mucho menos borracho. Le contestó que no se preocupara y le pidió una tortilla con carne para cuando regresara porque estaba antojado. Cuando se fue yo le repetí la advertencia de mi madre y le dije que si él llegaba de madrugada y ebrio, yo esta vez no le iba a abrir.

Cuando eran como las once y media de la noche y Toñillo no había regresado, le dije a mi mamá: “otra vez Toñillo no hizo caso, pero esta vez sí es cierto, aunque lo oiga cuando llegue en la madrugada, no le voy a abrir a ver si así aprende a respetar”.

Como a la una tocaron el timbre. Todos nos levantamos asustados y preguntándonos quién tocaría a esas horas de la madrugada. Cuando abrimos, estaban dos policías en el portón y preguntaron si ahí vivía Antonio Rodríguez Redondo; así se llamaba Tonillo. Entonces mi mamá muy asustada les dijo que para qué querían saberlo y el policía respondió algo que nunca olvidaré: “Don Antonio sufrió un accidente de tránsito y está fallecido y alguien tiene que ir a identificarlo”. Todos nos quedamos como paralizados y ninguno se movía, hasta que yo reaccioné y les dije que yo iría, pero uno de mis hermanos dijo que no, que él iría a hacer el reconocimiento. Era un sábado 7 de julio del 2001. Por azares del destino, Toñillo había fallecido de la misma forma y en la misma

carretera que nuestro perro Chagui, el que él tuvo que ir a recoger, solo que dos años después. Muchas veces cuando llegaba con tragos le daba por recordar a su madre y le pedía a Dios que ojalá lo matara un carro y así poder irse pronto y encontrarse con ella en el cielo. A veces me pregunto si efectivamente se le hizo realidad su deseo o sólo fue mera coincidencia.

A partir de ese momento, ya ninguno pudo dormir. Teníamos que pensar quién se haría cargo de los gastos del funeral, pues Toño, a excepción de nosotros, estaba solo en la vida. A una hora prudente llamamos al primo que él visitaba con frecuencia para informarle de lo sucedido; para entonces el cuerpo de Toñillo había sido trasladado a la Morgue para la autopsia respectiva.

El primo de Toñillo nos dijo que ellos se harían cargo de los gastos del funeral y lo sepultarían en una bóveda de la familia, pero alguien tenía que ir a la Morgue, vestir el cuerpo y depositarlo en el ataúd. Dos de mis hermanos se encargaron de este penoso y doloroso asunto. A Toñillo le gustaba mucho vestirse con pantalón blanco, zapatos blancos y una camisa verde que yo le había regalado para su cumpleaños, por lo que decidí darle esa ropa a mis hermanos para que lo mudaran y se fuera bien guapo para el otro mundo; además, había sido un liberacionista toda su vida, de esos que llaman de “hueso colorado”, así que espero le haya hecho mucha gracia llegar al cielo vestido de liberacionista.

El cuerpo de Toñillo lo entregaron como a la una de la tarde, por lo que no tuvimos tiempo de velarlo. De la Morgue lo trasladamos a la iglesia y de ahí al cementerio. Mi mamá y yo no tuvimos el valor de ir al funeral, espero que Toñillo me haya perdonado por esto. Eran como las 4 de la tarde, si mal no recuerdo, cuando se estaba llevando a cabo el funeral de Toñillo, y de pronto todos los medios de comunicación, escritos y televisivos, empezaron a dar la fatal noticia de que habían asesinado al periodista Parmenio Medina.

Al día siguiente del funeral, procedí a recoger su ropa para donarla a la Iglesia de Guadalupe, lugar donde vivimos y cual fue mi sorpresa que me encontré algunas piezas nuevas sin estrenar. El siempre decía que no se las ponía para que no se le gastaran, ¡qué inocencia! Encontré también un montón de servilletas nuevas pero hechas un puño, nunca he entendido para qué las guardaba, pero pude por lo menos resolver el misterio de las servilletas que un día yo las ponía y al día siguiente ya se habían gastado.

Días después del funeral, me visitó en mi trabajo un agente del Instituto Nacional de Seguros, por aquello de la póliza de vida que tiene que tener todo conductor. El agente me dijo que la póliza cubría únicamente a la madre, a la esposa y a los hijos del fallecido y, lastimosamente, Toñillo no tenía ninguno de estos parientes: su mamá había fallecido, nunca se casó y nunca tuvo hijos y que si mi mamá que fue con la que él vivió sus últimos años quería cobrar la póliza, tenía que pagar un abogado y presentar testigos que confirmaran que nosotros le dábamos todo lo necesario para sobrevivir. Alguna gente se me acercó y me aconsejaban que no fuera tonta, que le metiéramos pleito al INS y cobráramos ese dinero. No lo quise hacer, no quise lucrar con la muerte de Toñillo, el dinero no nos lo iba a devolver y además a mi mamá no le hacía falta.

Si el conductor que lo mató lo hizo por conducir a alta velocidad o con licor, en su conciencia quedará toda su vida y tendrá que darle cuenta a Dios por ello y si fue por imprudencia de Toñillo por andar ebrio, pues que Dios le haya dado alivio en su dolor.

Bueno, Toñillo, será hasta que Dios lo disponga que nos volveremos a ver, pero por ahora quiero pedirte un último favor: dile a Papi que lo quiero mucho y que lo extraño y dale un beso a Tía Carmen de mi parte ¡Ah!, se me olvidaba un asunto muy importante, cuéntale a Papi que va a tener otra nieta, Isabella se va a llamar, aunque yo en sueños me enteré de que Papi lo supo desde el primer momento en que Bernor, mi hermano menor, nos contó que iba a ser papá.

Descansa en paz, Toñillo